

# Phil Camino

## Rehenes

**LHG**



hespérides

REHENES

# Phil Camino



La  
Huerta  
Grande

ESLES DE CAYÓN  
2024

© De los textos: Phil Camino

© Phil Camino, 2024 c/o DOS PASSOS Agencia Literaria

Madrid, marzo 2024

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-55-9

DL: M-5037-2024

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2, 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/ *Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A los valientes, vivos y muertos.  
A mis hijos, a su generación y a las venideras.*



## Historia atribulada de una novela

*(...), esa obsesión por borrar el pasado colectivo y quién si sabe si individual, aparte de interpretaciones psicoanalíticas, podría ser una clave para justificar cualquier vileza del presente con la impunidad de saber que nunca será recordado.*

Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*

En el año 2007 comencé a escribir el germen de una novela que tenía como argumento un secuestro de ETA. Tras unos meses trabajando en un borrador me estancué y lo dejé. Ese mismo año, en el mes de diciembre, ETA asesinó con un tiro en la nuca a dos guardias civiles en Cap Breton. El crimen de ETA que marcaría el declive de la banda no era más atroz que otros, pero por alguna extraña razón sentí más rabia e impotencia que nunca y aquel deleznable acto, otro más, abrió la puerta de par en par a esa pregunta para la que una quería una respuesta: «¿Por qué?». Con rabia, impotencia y preguntas —los ingredientes de la tragedia—, volví a las páginas del proyecto abandonado. Recuerdo sentir entre alegría y desconcierto cuando terminé de escribirla. Dejé que la leyera algún familiar, incluso algún amigo me ayudó a mejorarla y me sugirió que buscara editorial. Yo aún no había publicado nada, así que ¿cómo presentarme en una editorial con una novela así, con semejante tema, cuando la banda terrorista había decretado oficialmente una tregua y se hablaba de paz? ¿Yo, una perfecta desconocida en el mundo literario? ¿Yo, que

no era una víctima? El texto volvió al cajón y me puse a escribir otra novela sobre un asunto que nada tenía que ver con el tema de marras. Tardé cuatro años en terminar esta segunda novela que encontró felizmente editorial en 2012.

Con mi primer libro ¡publicado!, y quizás animada por alguna buena crítica recibida, rescaté *Rehenes* del cajón y la corregí, como si estuviera mimando a una hija a la que dejé un poco de lado y que sólo esperaba de mis cuidados para salir adelante. Llegué a obsesionarme tanto con ella que escribí una carta al terrorista Iñaki Recarte, en proceso de rehabilitación en el marco de la vía Nanclares; como periodista estaba dispuesta a ir a Santisteban para entrevistarme con él cara a cara. ¿Por qué? ¿Por qué?... no dejaba de preguntarme. No obtuve respuesta a aquella carta. Normal.

Por mediación de una amiga, escribí también a Maite Paga-zaurtundúa, a la que entonces no conocía, para saber si estaba dispuesta a leer mi novela. Ella sí me contestó. Normal y esperable, ahora lo sé, de una mujer tan generosa y comprometida. Animada por sus desinteresadas y valiosas palabras, superados los miedos justificados por esa otra pregunta que tontamente también me hacía: «¿Qué hace alguien como tú escribiendo sobre “nuestro” tema?» —cuando la realidad es que todos hemos sido rehenes de los terroristas y de sus cómplices— me puse por fin a buscar editorial. La novela no la encontró. Viendo que iba a ser difícil que alguien apostara por ella —era el año 2014 y ETA era algo que había perdido “actualidad”, la gente sólo quería “pasar página”, me decían—, tomé la decisión de autopublicarla en una edición digital.

*Rehenes* sólo llegó a las manos de un puñado de amigos y familiares. Sin embargo, la novela había ganado el premio de la

editorial en la que me la publiqué y se imprimió una pequeña tirada en papel que nunca llegó a las librerías. Pero gracias a Maite fui invitada al Parlamento Europeo con el escritor Adolfo García Ortega y con el cineasta Jon Viar para hablar de mi trabajo. Y a lo largo de aquel año entré en contacto con víctimas del terrorismo y luchadores por la paz en Madrid y en San Sebastián, en donde pude escuchar a personas como Consuelo Ordóñez, José Antonio Ortega Lara, María San Gil, María Jiménez Ramos o Fernando Savater. Apenas había logrado lectores, pero la novela me entregó regalos inesperados. Y valiosísimos.

Dos años más tarde, llegaría *Patria*, de Fernando Aramburu. No fue sólo una novela sobre ETA, fue un fenómeno editorial. El tema sí interesaba. Nada me pudo alegrar tanto como aquel éxito de *Patria*.

El pasado viernes 26 de enero del presente año asistí a la proyección en Madrid del documental *Resistencia democrática. Conversaciones en la librería Lagun*, que se presentó para conmemorar los veinte años de la fundación de la plataforma ¡Basta Ya! en defensa de la libertad. Allí se dijo algo terrible: «Muchos jóvenes no saben que esto ocurrió». No había ánimo de revancha en esas palabras. Sólo de justicia. Y de memoria.

Volví a casa y leí de nuevo *Rebenes*. Decidí darle una nueva oportunidad. Diez años después de aquel intento fallido y con mis otros libros publicados en otras editoriales ve hoy la luz aquí, en mi casa, cuando se van a cumplir también diez años de este proyecto editorial. Es como traer al hogar a la hija descarriada. Lo hago animada por un lado por el deseo de que esta vez llegue a más lectores y por otro por esa idea *vargallosiana* que ha permeado en mí: la creencia de que la ficción, por medio de

sus relatos y mentiras nos puede acercar al pasado y al presente, a la realidad en suma, y actuar como un dique contra las barbaridades del futuro.

Pienso en mis hijos. Y en los que vendrán. Y sé que cuantos más relatos y voces lean y escuchen, más posibilidades habrá de que no los engañen. Tienen que saber lo que ocurrió en este país en el que todos fuimos rehenes del terrorismo. Más cuando las cicatrices no están cerradas porque los perdones no están humanamente entregados.

Aquí va mi relato. Es solo uno más.

Queda sobrevolando la eterna pregunta que sigue, y quién sabe si seguirá sin respuesta: «¿Por qué?».

La mañana era fría. Resopló y sus labios temblaron como los de un viejo caballo. Subiendo los hombros dijo ¡qué rasca! y su gran cabeza, de golpe, pareció pequeña. Hurgó en el bolsillo de su cazadora para buscar las llaves. Abrió la puerta del coche y lanzó los folletos sobre el asiento del copiloto. ¡Menuda tía más bordel!, dijo entonces en voz alta, como si fuera necesario que el aire claro de la mañana compartiera sus lamentos. Si no llega a amenazar a esa boba con ir a la agencia de Eroski aún estaría esperando a que lo atendiera. Sonrió satisfecho, como si ese triunfo sobre la encargada de una agencia de viajes fuera suficiente para justificar aquella felicidad.

Miró de nuevo los folletos, París, Viena, el Caribe... ¡Ay Pili, Pilutxi, te voy a llevar de viaje y tú sin saber nada! Volvió a sonreír. Un viaje. Pili y él solos. Y a ver si de paso su mujercita mejoraba ese humor, que había que ver cómo estaba últimamente. Y tú a dos velas, Jero. Se llevó la mano a la bragueta. Con el índice y el pulgar pellizcó y tiró de la tela del pantalón. Luego se frotó las palmas callosas. Sí que hacía frío. Mientras se quitaba la cazadora un intruso rayo de sol se coló entre las nubes espesas. Qué bien, dijo mirando al cielo, aunque mejor cierra el pico Jero, porque fue decirlo y el rayo se esfumó, tragado por esa grisura perenne. De nuevo el maldito *txirimiri* y el golpe de aire tan repentino, gélido e inesperado como la voz que dijo aquello:

—¡Baja del coche y no te muevas!

Tardó unos segundos en reaccionar a la orden. Hasta que notó la fuerte presión sobre el cuello.

—¡He dicho que bajes de ahí, hostia! ¡Y no te muevas!

Lo levantaron del asiento. ¡Eh! ¡eh, un momento! ¿pero qué haces?, dijo. Notó el aliento calentorro en la nuca, un aliento como de resaca. Y algo duro entre las costillas.

—Si te mueves te mato.

—¡Al coche, al coche! ¡Rápido! —Oyó que decía una mujer.

Lo empujaron hacia el sillón trasero de otro coche.

—¡Tumbate joder! —Y que no se moviera o se lo cargaban ahí mismo.

Ni el calor húmedo entre las piernas le hizo desobedecer. Sólo abrió y cerró los ojos varias veces, como lo había hecho esa mañana cuando oyó el zumbido del despertador. A las siete y media en punto. Como cada viernes. Se había girado, huyendo del horrible bip, bip, atrincherándose bajo la almohada. Sólo unos minutos... imploró con voz pastosa, como si el despertador pudiera oírlo. Con lo mal que había dormido soñando con los cinco rehenes, sobre todo por culpa de aquel pobre francés con ojos de loco y las barbas embrolladas. Como si volviera del infierno, les había dicho él a los colegas. ¿Y de dónde creéis si no que vuelve ése?, había contestado el Zubi, pegando un trago a la Mahou, un tiro el primer día y el hombre se hubiera ahorrado esa pesadilla. Luego eructó. ¡Qué bruto eres, Zubi!, dijeron todos. Sí, hayqueverlobestiaqueselzubi, había repetido él por la mañana, a las siete, con la voz gangosa, mientras rastreaba como un ciego la mesilla para detener el horrible bip, bip que se entremezclaba a la conversación de la víspera sobre secuestros, paramilitares y la madre que los parió a todos porque menudas pesadillas había tenido, ¡joder!

—Jeroooo...

Pili lo sacudió, hincando la rodilla en sus piernas rasposas.

—Jerooo, levaaanta y apaga eso, anda.

—Va, vaaa... —dijo al mismo tiempo que daba un manotazo al reloj—. Buenos días, guapa.

Pili no contestó. Se acercó a ella. Hoola, le susurró al oído, apartando su melena rizada. Un mugido por respuesta. Que te apesta el aliento, quita pesao. Y tú hay que ver lo gruñona que eres.

Pero insistió:

—Oye, Pilutxi.

—Mmm...

La besó en la nuca:

—¿Tú que prefieres: que te secuestren y estar años por ahí, o sea por ahí perdido, a saber dónde, como ese francés, con tortura y todo pero que te suelten?, ¿o que te maten el primer día y ahorrarte el mal trago?

—Pfff... —mugió el bulto bajo la sábana—. Quita. Que me dejes dormir. Y vais a llegar tarde.

—Mi anguililla de pies fríos, qué mal genio tienes...

Buscó sus extremidades bajo el edredón, pero ella huyó hacia el borde de la cama. Nada, no había manera. Y todo por culpa de los colegas, esos capullos que se la dejaron cabreada ayer... Igual a la noche se le pasaba el cabreo.

Estiró su cuerpo de gigante. ¡Qué bueno aquello de estirarse!, sobre todo ahora que no puede hacerlo porque está ahí, embutido como un salchichón entre los asientos de un coche, sin poderse mover porque si lo hace le pegan un tiro, o eso ha dicho la mujer.

El coche ralentiza. El que conduce ha bajado. Abren la puerta. El hombre tira de él tan bruscamente que está a punto de estamparse contra la carretera. Sólo tiene tiempo para fijarse en el color del coche: blanco, como su Citroën. Lo arrastran hacia

otro coche y lo lanzan a un maletero donde cae como un saco de cemento.

—¡Vamos, rápido! —Ordena la mujer.

Y de repente la oscuridad.

¡Vamos, rápido!, como él esa mañana. ¡Y a vestirse que voy haciendo el desayuno!, les gritó a los chicos

Mientras sus hijos se vestían, él recogió aquí y allá cascotes de cerveza, ceniceros repletos de colillas a remojo y de cáscaras de pipas, vestigios de los nervios de la noche salvada por los pelos en el último minuto. ¡Qué golazo, pero qué golazo...! El Xabi, ¡qué crack! que sí que sí questeaño nos llevamos la copa laligayloquesea, había canturreado mientras los cientos de pedacitos de cáscaras salían disparados, pegando brincos. Iba a tener que aspirar por culpa del Zubi y su maldito vicio, que ya podría fumar, como todos, que mancha menos. Pili tenía razón, habían dejado el salón hecho un asco. Luego recogió la ropa desperdigada por el suelo del cuarto de baño:

—¡Vamos a ver ¿no os he dicho mil veces que lo que está sucio va al cesto? ¡Qué niños!

¿Seguiría lloviendo? Se estiró para mirar por el ventanuco.

—¡Quién quiere la leche fría!

Bueno, pues al micro-ondas. Levantó el imán, cogió la lista del supermercado. Hay que ver lo que nos comemos en esta casa, así no iban a encontrar nunca el momento para el Passat, y ahí seguían, con esa antigualla de Citroën. El día menos pensado tendría que llevarlo al desguace.

—¿Alguien va a querer una tostada? ¡Eh chavales!, ¿qué pasa con vosotros, o qué, es que no vais a venir?

Se levantó para coger las tazas y dijo: la madre que los parió. Detuvo la vista sobre el calendario colgado con imanes en la puerta de la nevera. ¿El jueves...? ¿El jueves ya? ¡Ay va! ¿Quince años ya con la Pilutxi? Entonces se le ocurrió lo del viaje.

—¿De qué te ríes *aitá*? —Dijo la niña entrando en la cocina. Él le señaló un tazón y dijo: de nada, de nada. La pequeña miró la taza con recelo.

—Oye, que no sé dónde está la de Hello Kitty. Estará sucia. Anda, coge ésa guapa, y la tostada, que hay que comer algo antes de ir al cole, ya oíste lo que dijo Agurtzane el otro día en la reunión sobre la alimentación y esos rollos.

La niña levantó los hombros. Él untó las tostadas con mermelada y mermelada mientras pensaba en lo de la agencia. Y me llevaré folletos de esos de viaje, Pili dirá que si estoy mal de la cabeza. Su niña daba mordiscos de pajarito al pan. ¿Y se puede saber qué hace tu hermano?

Luego los abrigos. Las mochilas. El golpe seco de la puerta del ascensor. El buzón vacío a esas horas, como siempre. El reloj de la marquesina, los castaños y los plátanos en el horizonte ciego, y el coche, aparcado en el mismo lugar, por la pura costumbre. Si había viaje nada de Passat. ¡Vamos niños, adentro! Tres portazos casi acompasados. La puerta del colegio. Su dos hijos alejándose, con la mochila a la espalda. ¿Y si los llevaba al viaje?

—¡Hasta la noche hijos!

Aparcó frente al súper. ¡Hola chicas! ¡A ver esas ofertas! Las naranjas, las naranjas... Hoy sólo medio de york, Raúl, y otro medio de salchichón, y estírate y dame una loncha anda, que porque no traiga piernas largas y escotazo también lo agradezco. Abrió el maletero del coche y dejó las bolsas que intercaló con maestría: los huevos arriba, la leche abajo. Luego fue a casa. ¡Había que fastidiarse!, alguien le había quitado *su plaza*. Así que fue a la agencia de viajes en coche. Mientras la borde ésa buscaba los folletos se quedó mirando un cartel pegado en la pared: «*Venga a disfrutar una semana de ensueño en la ciudad del vals*». Pasó sus dedos sobre la foto, esa mujer con el vestido blanco se pare-

cía a Pili. Sonrió. Volvió al coche. ¡Joder con el *txirimiri*! Tiró las revistas sobre el asiento del copiloto. Sonrió de nuevo. Retiró la cartera del bolsillo trasero y la colocó en el lateral de la puerta. Y el Diario que traía peli de James Bond. ¡Menuda suerte la mía! Se frotó las manos y antes de poner la llave en el contacto dijo: será un buen día.

—¡Sacadme de aquí mamones!—Grita entonces, aporreando la carrocería.

No hay respuesta. Sólo el traqueteo y un horrible olor a caucho y a asfalto.